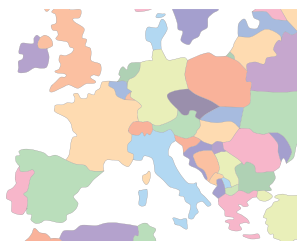


EUROPA Y ESPAÑA

ANTE EL RETO DE LA FORMACIÓN PROFESIONAL

POR ÁNGEL GABILONDO

Ministro de Educación del Gobierno de España



FUNDACIÓN RAMÓN ARECES, 21 DE MARZO DE 2011

El interés por la formación profesional no es algo surgido en los últimos años: de hecho, constituye una preocupación política desde la aprobación del Tratado de Roma en 1957. La siguiente fecha significativa es la de 1995, cuando la Comisión Europea publica un *Libro Blanco sobre Educación y Formación Profesional* que incluye referencias a enseñar y aprender hacia la sociedad cognitiva. En él se reconoce también que son los trabajadores altamente cualificados quienes

crean riqueza económica y social, pues el conocimiento es un instrumento básico a la hora de prevenir la exclusión social; y, en mi opinión —que creo compartirá más de uno—, la mayor exclusión que se puede cometer es la del conocimiento: excluir del conocimiento a una persona o a determinados sectores es excluirlos de cualquier posibilidad de desarrollo personal, de cualquier posibilidad de libertad en lo que atañe a la empleabilidad o de regir su propio futuro.

Entonces se plantearon cinco objetivos que creo aún siguen teniendo vigencia:

1. La adquisición de nuevos conocimientos en un sistema europeo de acreditación de las competencias técnicas y profesionales.
2. Acercar la escuela a la empresa mediante el desarrollo del aprendizaje, entendiendo este en un sentido muy amplio, y a través también de una lectura de la movilidad.
3. Luchar contra la exclusión mediante escuelas de segunda oportunidad para ayudar a los jóvenes que abandonan el sistema educativo sin haber obtenido ninguna cualificación.
4. Fomentar el plurilingüismo desde la convicción de que es un elemento determinante para la igualdad de oportunidades, para la apertura al otro, para la convivencia en un espacio plural. El tema del idioma no es un asunto más o menos lateral, sino que forma parte de todo un concepto plural, abierto e inclusivo del otro.
5. Incentivar la inversión en la formación profesional.

Dichos objetivos poseían una gran dimensión educativa y profesional y en ellos estaba implicada la formación a lo largo de toda la vida. No obstante, nunca llegó a existir un compromiso en relación con ellos, y ya se sabe que la gobernanza de las decisiones es determinante para su eficacia. Pero sí se marcaron una serie de medidas activas para mejorar las perspectivas de trabajo y la formación profesional.

Aunque la formación a lo largo de toda la vida hoy se encuentra en todas las agendas políticas, nunca será una realidad mientras

no se flexibilice la organización de la formación profesional. Cualquier camino que se trace debe llevar implícita la posibilidad de adición, de acreditación, de valorar lo que se ha hecho. A un alumno que ha abandonado la carrera tras cursar tan sólo tres años se le niega toda posibilidad tanto de acreditar sus conocimientos como de adquirir otros complementos de formación. Es necesario poder acreditar todos los conocimientos y señalar en qué direcciones se puede avanzar y progresar. Sin flexibilidad no hay formación a lo largo de toda la vida.

Hemos de facilitar los vínculos entre la enseñanza general y la formación profesional, y entre esta y el mundo empresarial; hemos de incorporar competencias que den respuesta a los retos planteados por la sociedad del conocimiento y desarrollar mecanismos para evaluar o acreditar dichas competencias; y hemos de responder a las demandas sociales. A partir de ahí, educación, formación y empleo aparecen inseparables; tan inseparables que se revitaliza un concepto que ahora empleamos con naturalidad, pero que no estaba tan asentado: el concepto de “empleabilidad”, que no significa únicamente que se disponga de un empleo, sino de algo un poco más complejo.

La empleabilidad está relacionada, desde luego, con la capacitación y la versatilidad, con la posibilidad que tiene el profesional de encontrar un empleo, y depende de factores como la formación, la experiencia y las cualidades y actitudes personales, pero –repeto– versátiles y abiertas. Es responsabilidad de cada uno su actualización y adaptación a las nuevas demandas del mercado laboral; y es responsabilidad de los gobiernos modernizar y flexibilizar los sistemas de educación y formación para que exista una adecuación entre las demandas sociales, las demandas de

Ángel Gabilondo
Ministro de Educación del
Gobierno de España

los emprendedores y las posibilidades de formación que proporcionan los gobiernos.

No es muy probable que una persona joven trabaje toda su vida en un mismo empleo; lo más seguro es que desarrolle distintas ocupaciones. ¿Significa eso que después de cada ocupación deberá empezar una carrera para enfrentarse a la siguiente? ¿No vale más disponer de una formación versátil, abierta y plural que le permita ir readaptándose? Tampoco basta con decir que nos tienen que formar o educar: en mi opinión, conviene decir también que hemos de educarnos a nosotros mismos, desarrollando las posibilidades que de nuestro entorno recibimos. Educar es también educarse y, por tanto, nuestra responsabilidad está en desarrollar las posibilidades que se nos ofrecen en la vida de modo versátil y no utilitarista.

Para favorecer la empleabilidad, el crecimiento económico y la cohesión social, la formación profesional tiene que ofrecer a jóvenes y adultos mejores oportunidades de desarrollo personal, evitando la exclusión social. Y estas ventajas implican unos retos que en Europa están vinculados al envejecimiento de la población, a una innovación tecnológica que exige una determinada preparación y a unas condiciones económicas que requieren

un continuo reciclaje. Es aquí donde la formación profesional se tiene que anticipar, e incluso generar movimientos que activen a los gobiernos, a los interlocutores sociales, a profesores y alumnos: se trata de implicar, en definitiva, a toda la sociedad.

Doy por supuesto que hemos desechado esa caricatura que convierte la formación profesional en un recurso para personas con poca capacitación, que no desean estudiar o que pertenecen a una extracción social tan inadecuada que se ven abocados a carecer de una formación de calidad. No es cierto. Y, si en algún caso fuera verdad, resultaría inadmisibile.



“Una Europa donde la investigación, el desarrollo y la innovación se conjuguen con la productividad, la empleabilidad y las demandas sociales; donde la calidad se soporte en la sociedad del conocimiento: esa es la Europa que queremos”

Debemos reivindicar la dignidad para el desarrollo personal, para la formación personal, para la formación integral de la persona y, desde luego, vincularla como ha de vincularse a la educación superior. Algunos se han llevado una sorpresa al saber que existe una formación profesional superior, y que, cuando se hablaba del Espacio Europeo de Educación Superior, este incluía la formación profesional. Muchos daban por supuesto que el Espacio Europeo de Educación Superior atañe sólo a la universidad, sin tener en cuenta que en él se abarcaba también la formación profesional superior —aprovecho para puntualizar que las enseñanzas artísticas y deportivas son también educación superior—.

Sólo a través de una formación profesional de calidad podrá Europa asegurar su posición en el ámbito mundial: una Europa donde la investigación, el desarrollo y la innovación se conjuguen con la productividad, la empleabilidad y las demandas sociales; donde la calidad se soporte en la sociedad del conocimiento: esa es la Europa que queremos.

El objetivo es que para 2020 los sistemas



europeos de formación profesional resulten más atractivos, estén atentos a las innovaciones en el ámbito laboral y profesional y sean más accesibles y flexibles, y posean un sistema de cualificación en que se incrementen sensiblemente las posibilidades y oportunidades para la movilidad de los estudiantes y de los profesionales.

Desde el Consejo Europeo de Lisboa del año 2000 se han incrementado los esfuerzos por coordinar estas políticas en los países que conformamos Europa. Y algunos países hemos querido y, por tanto, hemos defendido la Europa de la diversidad. No queremos una Europa uniforme: nuestro concepto de diversidad se concreta en que los sistemas sean equiparables, comparables y compatibles, pero no idénticos; queremos una Euro-



pa que sea un espacio de compatibilidad en la diferencia; como solemos decir, derecho a la diferencia sin diferencia de derechos.

En el año 2000 se diseñó, pues, un modelo de coordinación conocido como método abierto de cooperación, lo cual supuso una inflexión en las reformas educativas. Antes de acometer una reforma, todos los países aguardaban a ver lo que haría el resto, hasta que comprendimos que por este procedimiento cualquier reforma sería imposible; comprendimos que lo que había que hacer era generar un marco de equidad y de compatibilidad, pero no de uniformidad. Si se quería hacer una economía basada en el conocimiento, capaz de conseguir un crecimiento sostenido con trabajo y cohesión social, y convertirla en la más competitiva y dinámica del mun-

do, no se podía olvidar la dimensión social de la educación.

La educación no es una mercancía; por eso es perfectamente compatible hacer esfuerzos de calidad sin perder la dimensión social y la equidad. Quizá este objetivo parezca algo abstracto, pero lo cierto es que la consecución de este modelo era algo más que la transformación de la economía europea. Y fue un punto de inflexión para que esta transformación fuera de la mano de la modernización del estado del bienestar y de los sistemas educativos europeos.

Europa tiene que liderar los cambios de la educación y la formación profesional a través de la calidad. Ocurre, sin embargo, que movidos por cierta tibieza y por experiencias pasadas, corremos el riesgo de no considerar lo que en este planteamiento hay de conveniente y de procedente.

En ese momento los objetivos que se plantearon eran tres: mejorar la calidad y la eficiencia de los sistemas educativos; facilitar el acceso de todos a la educación, concediendo una atención preferente a la flexibilidad de los sistemas educativos para hacer posible la educación permanente; y abrir la educación y la formación a un mundo más amplio.

El mismo año de la Cumbre de Barcelona, en 2002, la Declaración de Copenhague de los ministros de educación concretó estos objetivos para cumplir los objetivos de Lisboa. Este coproceso, como ha sido también citado, se llamó el Proceso de Brujas-Copenhague, y se centró en la mejora de la calidad de la formación profesional, la transparencia y el reconocimiento o transferencia de competencias



y cualificaciones. Para el logro de estos objetivos se procuró buscar marcos comunes a nivel europeo.

En Maastricht (año 2004) se llegó a la conclusión de que una Europa comparable y compatible exigía establecer un Marco Europeo de Cualificaciones, es decir, un marco basado en la transparencia y en la confianza entre los sistemas educativos y, por consiguiente, entre los países, con intención de facilitar la movilidad y facilitar a los ciudadanos y ciudadanas europeas unos descriptores claros de sus competencias y de las posibilidades de mejorarlas. De ahí surge el suplemento al título de las universidades, de tal manera que, además de obtener una titulación, cada uno pueda comprobar qué competencias tiene y qué estudios ha hecho, de modo que tanto el empleador como él mismo puedan saber cómo ha de progresar a lo largo de toda su vida.

El sistema de cualificación tiene ocho niveles de referencia relacionados entre sí e incluye

conocimientos, destrezas, competencias, habilidades, capacidades, etc.: lo que los anglosajones resumen en un único término, *skills*, de difícil traducción en español (suelo decir que competencias, conocimientos y valores forman una sola palabra). El objetivo era que en 2010 todos los estados miembros dispusieran de las correspondencias de todos sus sistemas con este Marco Europeo de Cualificaciones, y en 2012 cada una de las titulaciones nacionales de cualificación tuviera una referencia al nivel correspondiente.

Durante estos años, España ha adecuado el marco legislativo a sus necesidades. En 2002 se publicó la Ley de Cualificaciones de la Formación Profesional para ordenar todo el sistema integral, todas las cualificaciones y qué acreditación les correspondía, con eficacia y transparencia en las demandas sociales y económicas. Las últimas propuestas de mejora, por su parte, las hemos instrumentado a través de una Ley de Economía Sostenible. Ahí la formación profesional no aparece solo como un motor de crecimiento,

“En relación con el objetivo de hacer realidad el aprendizaje permanente, se ha señalado que entre 2015-2020 el 85% de los empleos serán empleos cualificados, y quien carezca de una formación cualificada será carne de ERE”

sino que marca el rumbo hacia otro modelo productivo también más solidario. Esta formación profesional adecuada a las directrices europeas responde en este país a estos tres grupos de objetivos: los relacionados con el aumento de la escolarización en las edades tempranas y las enseñanzas postobligatorias; los que proponen favorecer el éxito de todo el alumnado en la enseñanza obligatoria; y los que impulsan el aprendizaje a lo largo de la vida, la igualdad de oportunidades y la cohesión social.

Con esta transformación, el modelo actual de formación profesional se inscribe en un modelo prestigiado y demandado por la sociedad y las empresas; un modelo más inclusivo, más flexible, más cercano a las necesidades de los ciudadanos y ciudadanas, más eficiente, más abierto, más acorde con las directrices europeas y mejor adaptado a las necesidades cambiantes de la sociedad y de los sectores productivos. Pero de todos es sabido que los cambios legislativos nunca son los más difíciles. En realidad, son los cambios de cultura, de concepción, de valor de la sociedad, los más complicados de acometer. En este sentido, hemos de agradecer el enorme

esfuerzo social que están haciendo todos los que trabajan en este país no sólo por la educación y por la formación profesional, sino por dar una visibilidad y una concreción a su importancia.

Hace ya un tiempo que se llevó a cabo un intento de llegar a un pacto social y político por la educación que, por una serie de circunstancias, no fue posible. Sin embargo, yo estoy convencido de que lo que es inexorable, necesario e imprescindible, tiene una tendencia a ocurrir. No obstante, en aquel momento se abrió un gran debate y una reflexión no sólo en el ámbito educativo, sino también en toda la sociedad; y, si bien es cierto que el pacto global fracasó, no es menos cierto que se fijaron una serie de objetivos de la educación para 2020 que han quedado excluidos del debate y que cuentan con el apoyo social de todos los agentes y sectores. Desde la opción política, el sitio y las opiniones personales de cada uno, todos nos hemos implicado en unos objetivos que son también europeos y afectan a todos los sistemas.

En la actualidad trabajamos en distintas direcciones y, siguiendo las recomendaciones sobre los objetivos a corto plazo del Comunicado de Brujas, queremos llevar a cabo acciones en todas estas áreas de cooperación europea en educación y formación durante el primer ciclo 2009-2011. Querría, pues señalar los cuatro objetivos determinantes para la formación profesional y en qué lugar nos encontramos dentro del contexto europeo.

Las distintas ocasiones en que he presidido el Consejo de Ministros europeo con sus 27 representantes me han llevado a la convicción de que nuestros problemas son bastante comunes. En algunas cosas unos han realizado más avances que otros, pero ciertos problemas –respecto de la empleabilidad de los

jóvenes, la vinculación del conocimiento y la sociedad del bienestar, la dimensión social de la educación, el abandono y el fracaso escolar— los padecemos todos. Es cierto que en el caso de España las cifras son particularmente inquietantes, pero en líneas generales nuestro país cuenta con más licenciados, graduados o personas con estudios terciarios que la mayoría de los países europeos. Y, también en

“Todo sistema educativo que se rija por la equidad y la excelencia ha de ser necesariamente flexible, hasta tal punto que me atrevería a decir que lo rígido es injusto”

líneas generales, de 3 a 6 años somos de los pocos países del mundo donde los niños están escolarizados universal y gratuitamente.

A la objeción de qué relación guarda todo lo anterior con la formación profesional, habría que responder que la escolarización temprana es garantía del éxito, de la igualdad de oportunidades y de la detección de necesidades específicas. Existe, así pues, un espacio de inclusión en un ámbito que hace que la formación permanente no empiece a los 52 años; y yo estoy convencido de que esa formación permanente significa ser humano, ser una persona íntegra que se encuentra en permanente estado de formación, que vive educándose una y otra vez, porque, en rigor, nadie puede afirmar: “yo ya he sido educado”. Este proceso permanente nos lleva a entender la educación como un sistema abierto y flexible. Y, en relación con el objetivo de hacer realidad el aprendizaje permanente, se ha señalado que entre 2015-2020 el 85%

de los empleos serán empleos cualificados, y quien carezca de una formación cualificada será carne de ERE.

En la actualidad estamos desarrollando un Real Decreto sobre evaluación y reconocimiento de competencias profesionales adquiridas a través de la experiencia laboral. No falta mucho, quizá menos de un mes, para que se convoquen más de 50.000 plazas con el fin de evaluar y acreditar prioritariamente educación infantil en ayuda a la dependencia, a personas que han aprendido en el ejercicio de su actividad profesional y, por distintas razones, no han tenido nunca un reconocimiento oficial de lo que han adquirido o aprendido en enseñanzas no formales. No se trata, sin embargo, de dar un título sin más: de lo que se trata es de concretar, una vez acreditadas esas competencias, qué complemento de formación se requiere para obtener alguna titulación. Por otra parte, nos hemos preocupado de formar a 3.000 personas —esperemos que lleguen a 8.000— que lleven a cabo este proceso con seguridad y rigor, y hemos establecido un proceso de formación *online* con objeto de que esa formación pueda completarse. Todo ello demuestra que este concepto de la acreditación de lo aprendido está en el corazón de la posición de Europa en cuanto a la formación profesional.

Me parece muy interesante resaltar que todo sistema educativo que se rija por la equidad y la excelencia ha de ser necesariamente flexible, hasta tal punto que me atrevería a decir que lo rígido es injusto; o, yendo aún más lejos, que la rigidez funciona como injusticia o como exclusión. Cuando el horizonte de un sistema educativo es el de acceder y llegar a todos los ciudadanos, la apertura, la flexibilidad y la pluralidad han de ser elementos sustanciales del concepto de educación: educación de calidad para todos y cada

uno, para todas y cada una. Dicho esto, soy consciente de que el planteamiento es distinto cuando lo que se busca es simplemente la formación, también necesaria, de élites o de personas especialmente cualificadas. Pero si lo que se pretende es que a partir de un proceso de equidad se alcance la excelencia, hemos de facilitar la movilidad entre las distintas opciones formativas, de modo que ningún estudiante quede excluido. Se trata de propiciar que los alumnos de formación profesional de grado medio puedan acceder a través de un curso a estudios de formación profesional de grado superior, además del paso de los programas de cualificación personal inicial a formación profesional de grado medio. Todo tiene que ir acompañado de mejoras en la calidad de la formación profesional. No compartimos la opinión de quienes creen que en el ámbito de la formación hay que elegir entre la calidad o equidad. No es así: la equidad es una muestra determinante de calidad. Un ejemplo: a la hora de evaluar los campus de excelencia internacional, estos han de ser accesibles e inclusivos, y contar con una política social y medioambiental de respeto a las personas y a los entornos. De no ser así ¿cuál es nuestro concepto de excelencia? La equidad funciona, pues, como calidad y es calidad; y la calidad, por su parte, incluye este concepto de equidad.

Desde el análisis y el contraste con la realidad productiva, cualquier decisión respecto a las

cualificaciones profesionales que han de incluir las ofertas formativas se debe tomar una vez consultados interlocutores sociales, Comunidades Autónomas, el Consejo Escolar de Estado y las asociaciones más relevantes del mundo de la empresa. Como es lógico, todo esto lleva tiempo, pero ya se ha puesto en marcha. Flexibilizar la ordenación y flexibilizar la oferta e incrementarla es determinante para los ciudadanos europeos.

De ahí que sean precisos también procesos de información y orientación, así como la búsqueda de un sistema integrado de orientación profesional que favorezca la elección de



itinerarios formativos y laborales. De hecho, tenemos constancia de que hasta ahora ha habido una gran demanda de información. Desde prácticamente comienzos de este año,

“Es hora ya de abandonar esa caricatura de una universidad y unos estadios de formación plegados sobre sí mismos, ensimismados, ocupados sólo en la elaboración de los propios currículos y en buscar una rentabilidad económica”

el portal Todo FP.es ha registrado más de dos millones de visitas; es decir, que ha habido al menos dos millones de interesados buscando respuesta a alguna pregunta.

Otro de los aspectos a mejorar es la calidad y la eficacia en el acceso universal, en la inclusión de todos. La comunicación entre todas las sendas formativas es determinante, y debe llevar a la vía única –la vía principal– del aprendizaje a lo largo de toda la vida. Hasta ahora, la conexión entre estos dos puntos ha sido complicada. El alumno que no consiguiera su primera titulación de graduado de secundaria obligatoria se consideraba un fracasado. En este sentido, nos ha ayudado mucho el ejemplo de Francia, donde quien no acaba los estudios obtiene un certificado en el que se informa sobre sus años de escolarización, junto con otro que acredita las competencias adquiridas. A partir de ahí, habría que estudiar y concretar qué complementos o qué dirección seguir. Y es que la flexibilidad incluye el reconocimiento de lo aprendido y la apertura de otras puertas, y no

con intención de maquillar los resultados del fracaso o del abandono, sino en interés de los jóvenes y de los ciudadanos. La conexión de todos los ciclos entre sí genera la flexibilidad, la interconexión y la transición.

Asimismo, estamos realizando un esfuerzo para ofrecer a los ciudadanos comunitarios la transparencia que permita comparar nuestros sistemas, sin ánimo de uniformizarlos, pero sí de que sean comparables, equiparables y compatibles. Y no cabe duda de que los sistemas deben contar con indicadores, con evaluaciones y con una apertura informativa para poder ser comparados en un marco general. Esa transparencia es precisamente la que hace que el Marco Europeo de Cualificaciones o el Marco de Referencia Europeo de Garantía de la Calidad sean un referente en la construcción de los procesos en que nos hallamos inmersos.

Es hora ya de abandonar esa caricatura de una universidad y unos estadios de formación plegados sobre sí mismos, ensimismados, ocupados sólo en la elaboración de los propios currículos y en buscar una rentabilidad económica. Son necesarios procesos de responsabilidad y corresponsabilidad social: trabajar juntos, explicarnos, comprendernos y anteponer los intereses de nuestros ciudadanos y del país a la coyuntura de nuestra ocupación. Si avanzamos en esta dirección, se producirá –como de hecho se está produciendo– un cambio de paradigma en sectores educativos que nos lleva a avanzar hacia una mayor relación entre el mundo educativo y el mundo del empleo. Ambos están relacionados por el grado de autonomía y responsabilidad con que se utilizan en ellos los conocimientos y destrezas, las habilidades personales y sociales en situaciones de trabajo o estudio, de desarrollo personal y profesional. Es preciso que haya descriptores capaces de captar esta



complejidad de los conocimientos o destrezas: desde el más básico de la repetición de las rutinas hasta el más complejo de la especialización, la investigación y la innovación.

Antes teníamos una idea de la teoría y la práctica muy poco aristotélica y bastante

“Es preciso que haya descriptores capaces de captar esta complejidad de los conocimientos o destrezas: desde el más básico de la repetición de las rutinas hasta el más complejo de la especialización, la investigación y la innovación”

simple: primero se aprendía una cosa y luego se ponía en práctica. No obstante, hay cosas que sólo se aprenden haciéndolas, hay competencias que sólo se adquieren haciéndolas

y el hacerlas es una forma de conocimiento. Por eso, ya que hablamos de Aristóteles, podemos recordar que él hablaba de la *frónesis*, de una prudencia o una inteligencia práctica. Tenemos que reconocer que esto forma parte de nuestra formación.

En breve, la Conferencia de Rectores de las Universidades Españolas se dispone a firmar un acuerdo con las Cámaras para vincular el conocimiento a la práctica en los ámbitos emprendedores. Y esa vinculación no tiene como objetivo poner en práctica lo aprendido; al contrario, se trata de saber que con la práctica también se puede aprender mucho. Por ese motivo, entre las recomendaciones europeas se incluyen, por un lado, la flexibilidad en los accesos y la posibilidad de transitar por el sistema; y, por otro, el objetivo estratégico de promover la equidad, la cohesión social y la ciudadanía activa.

Es posible que, en determinados casos, el nombre de “formación profesional” haya sido motivo de confusión e inducido a creer que el resto de las formaciones no están relacionadas



adiestramiento en un empleo. La reivindicación de los oficios y de las profesiones, la reivindicación del conocimiento vinculado a su actividad, de la dignidad de los oficios y de las profesiones es un elemento determinante. Para quienes creemos en la dimensión social de la educación, la dignificación de los oficios es la dignificación del conocimiento, que alcanza a la dignidad de hacer las cosas bien y de hacerlas por el bienestar de la sociedad. Si se tiene una concepción jerárquica del conocimiento basada en el grado de titulación y, por tanto, una concepción jerár-

con la profesionalidad; o bien que su único objetivo consiste en hacer dóciles empleados cuya sola intención, una vez abandonado el estudio, es la de insertarse inmediata-

quica de las personas, se olvida la dimensión social que está en la raíz de la empleabilidad, entendida también como un elemento de cohesión social.

“Así como hay gente que ignora que la formación profesional es también formación superior, hay muchos que confunden el fracaso con el abandono escolar”

te en el mercado laboral. Lo que está claro es que, hoy por hoy, la palabra profesional no se refiere simplemente a un ejercicio de

Hemos de reconocer que en Europa, y muy singularmente en España, el fracaso y el abandono son problemas graves, pero no un mismo problema. Así como hay gente que ignora que la formación profesional es también formación superior, hay muchos que confunden el fracaso con el abandono escolar. El fracaso se refiere a aquellos alumnos que no han obtenido la titulación de secundaria obligatoria, y en ese aspecto no es tanto lo que nos separa de otros países. Otra cosa es el abandono escolar, es decir, los jóvenes entre 18 y 24 años que, aun obteniendo una

“Hemos tomado ante Europa el compromiso de luchar contra el abandono escolar mejorando año a año un 3%, de modo que en el año 2020 hayamos pasado de un 30% de abandono escolar a un 15%”

titulación, no prosiguen sus estudios. Ahora bien, ¿qué es lo que motiva ese abandono? Desde luego, no el mapa político de un país. En algunos casos, el motivo es la fascinación de determinados empleos de la construcción, sobre todo en una dimensión urbanística vinculada al turismo, y la influencia de ciertos modelos productivos, así como la cultura de la ocupación; y, en otros casos, la excesiva rigidez de nuestro sistema educativo. Interesa señalar también que en las cifras del abandono están incluidos muchos jóvenes (hasta un 42%) que han venido a trabajar a nuestro país y que en realidad no han abandonado el sistema educativo: simplemente, nunca llegaron a formar parte de él.

En cualquier caso, no se trata de justificar datos: el problema es serio, y por eso hemos tomado ante Europa el compromiso de luchar contra el abandono escolar mejorando año a año un 3%, de modo que en el año 2020 hayamos pasado de un 30% de abandono escolar a un 15%.

Este compromiso atañe también a la necesidad indispensable de flexibilizar el acceso a la cualificación profesional mediante el fomento de Programas de Cualificación Profesional Inicial (PCPI) —que se están de-

mostrando muy eficaces—, cuyo objetivo es impedir que casi un 30% de jóvenes en edad escolar abandone el sistema sin haber conseguido una titulación básica, pues nos consta que en algunas ciudades autonómicas los padres sacan a sus hijos del colegio tan pronto como cumplen 16 años, hayan o no acabado el curso.

El motivo de la preocupación que origina el abandono tiene que ver con la empleabilidad: en Europa todos los datos confirman que a mayor formación, mayor empleabilidad. Casi un 92% de quienes han obtenido un doctorado está empleado, mientras que quienes carecen de estudios primarios presentan un paro de casi el 50%; es decir, según se va progresando en el conocimiento, así se va progresando en la empleabilidad. Es cierto que el principal objetivo de la formación no es el de la empleabilidad, sino valerse por uno mismo, la autonomía personal y el ejercicio de una actividad para su dignificación. La formación profesional tiene un objetivo dual y uno prioritario: este último es el desarrollo personal e integral, y no debemos olvidarlo a la hora de elaborar planes o propuestas. El objetivo dual es contribuir a la empleabilidad y al crecimiento económico, y responder a los desafíos sociales más generales, en concreto a la promoción de la cohesión social.

Así lo señala el Comunicado de Brujas, que ha sido asumido por nuestro Gobierno. Hemos de elevar el nivel de cualificación de todos los ciudadanos, proporcionarles los instrumentos para seguir formándose, poner todos los medios a su alcance para que su formación sea sostenible en el tiempo. Si la educación y la formación no están en el corazón de la economía, esta nunca será sostenible. Porque sostenible no significa sólo sostenible económicamente, sino también

“El compromiso tomado con Europa tiene otra vertiente más: la reforma de los títulos de formación profesional –bien haciéndolos nuevos, bien reactualizándolos– con objeto de vincularlos a la demanda social y a la cultura emprendedora”

sostenible medioambientalmente, sostenible socialmente, sostenible para el futuro de los ciudadanos y para nuestro sistema.

Competitividad, innovación, respeto al medioambiente, espíritu empresarial y emprendedor: estos son los retos de nuestro siglo, los valores necesarios para transformar el mundo tanto de adultos como de niños, y aprender más no es solo un adiestramiento, sino una vía de conseguirlo. Ser emprendedor no significa solamente fundar una empresa, sino desarrollar posibilidades, jugarse algo en ellas, creer tanto en ellas como para ofrecerlas en el espacio público: es un acto de responsabilidad social. Y de un modo especial habría que reforzar los vínculos entre la universidad y la actividad emprendedora a partir de una nueva lectura de la innovación. Este espíritu emprendedor ha de fomentarse, impulsarse, desarrollarse y aprenderse sin prejuicios, pensando que la iniciativa, la creación, la innovación y el espíritu pueden ser, y han de ser, profundamente responsables, socialmente responsables.

El compromiso tomado con Europa tiene



otra vertiente más: la reforma de los títulos de formación profesional –bien haciéndolos nuevos, bien reactualizándolos– con objeto de vincularlos a la demanda social y a la cultura emprendedora. Por el momento, de los 120 o 140 títulos de formación profesional se han reformado 60 y confiamos en que el resto estén reformados de aquí a junio. Además, disponemos de una red de centros de referencia nacional y tenemos el proyecto de elaborar un mapa territorial, sectorial y de familias de la formación profesional que refleje la demanda social. Y tanto en España como en Europa se está realizando un esfuerzo por flexibilizar e impulsar la formación profesional, por vincularla con el bachillerato, por vincular el grado medio de la formación profesional con el grado superior, y este a su vez con la universidad.



respuesta a su demanda de empleo les diría que ellos son nuestra verdadera prioridad y que trabajamos por ellos para flexibilizar el sistema formativo, tanto desde los proyectos y programas europeos como desde quienes se ocupan de la cultura de la movilidad. Buen ejemplo de ello es la iniciativa Juventud en Movimiento, toda una corriente intelectual, cultural y ética que nos lleva a considerarnos ciudadanos de Europa; y la única manera de ser auténticamente europeos es tener una dimensión universal e internacional de los espacios, de los estudios y los problemas. El año pasado 3.739 alumnos españoles de Formación Profesional de Grado Superior recibieron algún tipo de formación en centros de trabajo de algún país de la Unión Europea, y 1.186 alumnos estudiaron fuera de España a través del Programa Leonardo de Formación Profesional de Grado Medio.

Esto es lo que pide Europa, y es también lo que pide la sociedad española: una sociedad basada en el conocimiento, sostenida en el tiempo y con el medio ambiente, integrada entre todos sus individuos y altamente competitiva.

No me gustaría acabar sin dirigirme singularmente a los más jóvenes, a quienes oyen discursos de desaliento, para decirles que el “exceso de formación” no existe, que la formación nunca debe tener como único objetivo la rentabilidad, sino también el desarrollo de la creatividad, de la libertad, de la dignidad de todos y cada uno de nosotros... Nada de lo cual es incompatible con la empleabilidad.

A ese 40% de jóvenes que no encuentran

Deseamos que esta apuesta de presente y de futuro nos dé los valores necesarios para que

“La única manera de ser auténticamente europeos es tener una dimensión universal e internacional de los espacios, de los estudios y los problemas”

el acceso a la formación en igualdad de condiciones y la calidad de la oferta educativa favorezca el desarrollo pleno y equilibrado de nuestros jóvenes, que son el futuro de España.